

CAPÍTULO VII

JESÚS CONDENADO Á MUERTE.

Pilatus autem.... sedit pro tribunali
in loco qui dicitur Lithostrotos, he-
braice autem Gabbatha.... Tunc ergo
tradidit eis illum ut crucifigeretur.
Susceperunt autem Jesum et adduxerunt.

JOANN., XII, 13, 16.

No le convenía al Procurador que los Sanhedritas y el pueblo conocieran lo agitado que él se encontraba ; y por esto hizo que Jesús volviera á entrar dentro del Pretorio para proponerle la cuestión que le quemaba los labios :

— « ¿ De donde eres ? »

Es decir : « ¿Cuál es tu origen ? » No se trataba entonces de saber lo que había hecho, sino de dónde provenía, ¿ de la tierra ó del cielo ? Era nada más el Hijo de José y de María, ¿ ó tenía otra paternidad más alta ? Los poetas aceptaban sin dificultad estos descendientes de los inmortales acá en el mundo. Claro es que los hombres de talento que había en Roma no tomaban muy en serio las tradiciones recogidas por los poetas : pero, al fin, Cicerón no las había repudiado por completo, Tito Livio parecía admitirlas y César no había desdeñado el reivindicar tal ventaja para su raza, ¿ Era, pues, imposible que

¹ JOANN., XIX, 9 : « Unde es tu ? »

un hijo de los dioses estuviera allí, desconocido, ultrajado, sufriendo todavía pero dispuesto á tomar venganza ?

Acudían á su memoria multitud de recuerdos : recuerdos de curaciones hechas en el Templo mismo, casi ante sus ojos ; recuerdo de la resurrección de Lázaro, obrada á dos pasos de Jerusalén, en aquella misma aldea que se veía desde la Antonia ; recuerdo reciente, como que era del día antes, de los esbirros echados á tierra en el jardín de Gethsemani ; recuerdo más reciente aún, que sólo hacía una hora, de haber afirmado que era el *rey de las almas* y que *su reino no era de este mundo*. La majestad impasible de su rostro y de su hablar, el tranquilo desdén que oponía á los furoros de los Sanhedritas y de la turba, la paciencia sobrehumana con que sufría sin quejarse, todo esto, ¿ no denotaba un origen sobrenatural ?

La corte de Augusto y de Tiberio era una corte ilustrada : Pilatos probablemente no ignoraba ni los trágicos ni los filósofos griegos : Esquilo y Platón le eran familiares, y las grandes visiones que le había hecho percibir el *Justo*¹, el *hijo amado de un padre enemigo*² sufriendo por la redención de los hombres, ¿ no le iban y le venían en su mente ? ¿ Quién puede saberlo ? Pero es preciso admitir que las doctrinas de los Judíos respecto al Mesías, doctrinas que eran familiares en su casa, se le representaban entonces y le confundían en lo íntimo de su alma.

El Mesías debía ser de origen divino ; se lo habían dicho, no una vez, sino frecuentemente, ora que él preguntara por curiosidad, ora escuchara las noticias referentes á las disputas empeñadas entre Jesús y sus antagonistas. Si, pues, el que tenía en su presencia era el

¹ PLATÓN : *República*, lib. II.

² ESQUILO : *Prometeo encadenado*.

Redentor esperado, se hallaba en la presencia de un Dios oculto bajo la forma de hombre, y debía tener buen cuidado de lo que iba á decir y hacer tocante á él. ¿Pero cómo era posible obligarle á que se declarara, si no lo hacía voluntariamente? El mejor partido, y lo más sencillo era preguntarle con benévola discreción:

—«¿De dónde eres? El corazón le palpitaba; con los ojos muy abiertos y las pupilas dilatadas, y los labios temblorosos, esperaba esta respuesta que iba á disipar sus dudas mostrándole el camino que debiera seguir.

Jesús callaba.

—«¿Á mí no me hablas?, insistió Pilatos. ¿No sabes que tengo poder para crucificarte, y que tengo poder para soltarte?»

Pálida sonrisa animó el rostro de Jesús; con una especie de ironía, templada de compasión y misericordia, dijo á media voz:

—«No tendrías poder alguno sobre mí, si no te hubiera sido dado de arriba.»

Pilatos no lo comprendía con claridad. ¿Quería el Nazareno recordarle su situación subalterna de Procurador, simple delegado del César, ó hablaba de otra delegación superior que en aquel momento hacía el Todopoderoso de sus derechos de vida y muerte sobre todas las criaturas? Iba por ventura á pedir una explicación, cuando Jesús concluyó la frase: «Por tanto, el que á ti me ha entregado, mayor pecado tiene².»

Con efecto, *el que entrega* es sucesivamente Judas, Anás, Caifás, Herodes, que sabían ó debían saber la misión divina del Mesías; tenían los milagros que atestiguan-

¹ JOANN., XIX, 10 : «Mihi non loqueris? Nescis quia potestatem habeo crucifigere te, et potestatem habeo dimittere te?»

² Id., XIX, 11 : «Non haberes potestatem adversum me ullam, nisi tibi datum esset desuper. Propterea qui me tradidit tibi, majus peccatum habet.»

ban el poder sobrehumano del Hijo de María; tenían á la vista sus virtudes que inspiraban respeto hacia él á falta de sumisión. Si no sabían, suya era la culpa; si eran sabios, la falta era aún más grave por no inclinarse ante el *Enviado del Señor*. Pero ellos le habían aborrecido, le habían preso, le habían declarado digno de muerte, y habían acabado por entregarle en manos de Pilatos para que hiciera ejecutar la sentencia dictada contra él.

Muy diferente era la situación de Pilatos. Él no había sido educado en el estudio de las profecías; y los cuidados de su cargo le habían impedido indagar su aplicación, cuando había tenido ocasión de aprender algo. Conocía indudablemente á Jesús de nombre; no ignoraba el título que usaba y el concepto en que se tenía; oía frecuentemente hablar de los milagros que se multiplicaban á su paso. Pero todo esto llegaba hasta él entre la bruma con que la distancia rodea los hechos más luminosos; en Cesaréa estaba demasiado lejos; en Jerusalén estaba demasiado poco tiempo; en todas partes estaba demasiado distraído por la agitación de su vida política y militar. Culpable de no hacer justicia al acusado, no lo era de tenerle odio, ni de perseguirle, ni de reclamar su muerte. A él no se le puede excusar; pero ellos deben ser maldecidos.

«En el abuso de poder que va á cometer Pilatos puede haber una circunstancia atenuante. No se ha mezclado en este proceso por su voluntad, sino que lo sufre, en tanto que los Judíos son los únicos que lo han promovido y proseguido contra toda justicia. No deja de darle cuidado su responsabilidad, y Jesús se la hace entender con autoridad imponente¹.»

Si la culpa de los Judíos es más grave, eso no quita el pecado del Procurador. ¡Y qué pecado!

¹ LE CAMUS : *Vie de N.-S. J.-C.*, t. III, p. 323.

La conciencia del infeliz juez se subleva al pensar en esa infamia. Por esta vez la cuestión está definitivamente arreglada; va á poner en libertad á Jesús ¹, y, sin más tardar, se va hacia el pueblo para decirle su resolución ². Sin embargo, no parece que reconoce la divinidad de su cliente mejor que cree en la existencia de la verdad. Espíritu singular que se hace atrás ante toda conclusión precisa, y por lo mismo se expone á todas las contradicciones y á todas las palinodias, como lo va á probar una vez más.

Héle de nuevo delante del pueblo á quien se dispone á notificar su decisión. Pero, mientras él hablaba con Jesús, los Sanhedritas han trabajado como quien conocía exactamente las vacilaciones del Procurador. Han comprendido el escaso valor de la inculpación fundada en su ley contra los blasfemos y falsos Mesías, ante un extranjero desdoso de sus cuestiones doctrinales, y persuadido de que se ha excedido del rigor que se permite contra delitos semejantes ³. Tampoco dejaron de vislumbrar la emoción que á Pilatos le causaba el pensar que Jesús pudiera ser más que un hombre. El insistir sería torpeza, y el éxito dependía de una media vuelta inmediata. Aunque no habían dado juego las alusiones sobre pagar el tributo al César, lo más seguro sería aún explotar el miedo, harto fundado, que le tenían á Tiberio todos los funcionarios de sus dominios.

«Se puede decir que entre todos los tiranos no hubo jamás uno que fuera más celoso de su autoridad, ni más implacable que el que entonces manejaba las riendas del imperio. Tácito ⁴ y Suetonio ⁵ hacen á Tiberio esta justicia. Si el Emperador se entera de que en una de sus pro-

¹ FOUARD: *La Vie de N.-S. J.-C.*, t. II, p. 359.

² JOANN., XIX, 12: «Et exiit quarebat Pilatus dimittere eum.»

³ Cf. Act., XXIII, 29;—XXV, 18-19.

⁴ *Annal.*, III, 38: «Majestatis crimen omnium accusationum complementum erit.»

⁵ *Vit. Tiber.*, LVIII: «Qui atrocissime exercebat leges majestatis.»

vincias alguno ha tomado de improviso el título de rey, Pilatos cae definitivamente en desgracia, y la desgracia es la muerte ¹.

Era menester, pues, poner al Procurador en la alternativa de sacrificar á Jesús, ó de aparecer á los ojos de los celosos que pronto se tornarían delatores, como que había por su parte tolerado pretendientes á la corona. Que el reproche no fuera verosímil importaba poco: bastaba con que pudiera formularse para acarrear la destitución y el suplicio del magistrado sospechoso. Casos habían ya ocurrido: el mismo Seyano, antiguo patrono de Pilatos, según decían ², en tiempos de aquella prianza que tan trágicamente acabó ³. Apenas dos años mediaban entre la catástrofe en que había zozobrado la fortuna del favorito, y la crisis actual en que su hechura forcejaba: la lección que con esto se le diera, tenía que ser muy penetrante y de muy rápido efecto. Ella suponía indudablemente en el pueblo una abdicación que no aceptaría sin protestar, si se le daba tiempo de reflexionar; pero apresurando el desenlace, nadie se fijaría en ello hasta medir las consecuencias, y por otra parte siempre habría oportunidad de pensar en ellas y atenuarlas.

El populacho, según costumbre, aceptó confiado las sugerencias de sus guías y, cuando Pilatos apareció á la puerta de la Antonia, fué recibido con este grito:

—«Si le sueltas, no eres amigo del César; pues todo el que se hace rey, se revela contra el César ⁴.»

¹ LE CAMUS: *Vie de N.-S. J.-C.*, t. III, p. 325.

² LEDRAIN: *Hist. d'Israël*, t. II, p. 365.

³ DION: *Hist. rom.*, lib. LVIII, c. 11.—TÁCITO: *Annal.*, lib. V, c. 9.—JUVENAL: *Sat.*, X, 61.—Seyano había sido muerto el 18 de Octubre del año 783 de Roma, 31 de Jesucristo.

⁴ JOANN., XIX, 13: «Judæi autem clamabant dicentes: Si hunc dimittis, non es amicus Cæsaris. Omnis enim, qui se regem facit, contradicit Cæsari.»

Vaciló el Procurador, cual si le hubiera herido un rayo : por un momento perdió el conocimiento de lo que tenía á su alrededor. Por encima de las colinas, más allá del mar grande, vió dibujarse los perfiles sangrientos de Caprea ; creyó oír los pasos del centurión que venía á notificarle su caída, y sintió que tocaba ya sus carnes la punta de la espada con que César hería á sus enemigos. Cuando volvió en sí, había tomado su partido. ¿Por qué se había de perder él para salvar á un hombre tan poco cuidadoso de salvarse á sí mismo? El misterio en que se envolvía el Galileo, si no le declaraba culpable, le hacía sospechoso : así lo juzgarían en Roma, y el Senado condenaría seguramente el que se pusiera en libertad á un acusado como este, aun cuando la clemencia equívoca de Tiberio pareciese que no pedía cuentas del caso ¹. Y así, lo indicado era abandonarlo á su destino, puesto que ya nada era capaz de substraerle de él. Si es que había en el Nazareno alguna virtud sobrehumana, no tenía más que echar mano de ella. Lo que en tantas otras circunstancias había hecho, según decían, bien podía volver á hacerlo ; y si el cielo le abandonaba, prueba era de que su carrera concluía. ¿A qué fin venía el empeño de oponerse al destino?

Pero mientras hacía estos esfuerzos para ver de paliar la vergüenza de su capitulación, el Procurador estaba más y más irritado contra ese pueblo idiota y cruel, á quien el odio arrastraba á la abdicación de su nacionalidad. Ese fanatismo de la sumisión, ese servilismo que llegaba hasta el motín ², le maravillaba mucho, pero le repugnaba más. Tenía deseos de aplastarlos, no por imponerles su voluntad, sino por hacerles estudiar cuánto los des-

¹ TACITO : *Annal.*, lib. VI, c. 6 y 7.

² CHAMPAGNY : *Rome et la Judée*, t. I, p. 159-160.

preciaba y, mientras cedía al capricho de ellos, buscaba un medio de humillarles y vejarnos.

Con paso lento y gesto desabrido, volvió á subirse en su tribunal é hizo que le trajeran á Jesús, que había quedado atrás en poder de los soldados. Así que lo tuvo á sus pies, se les mostró á los Judíos diciendo con tono irónico :

— « ¡ He ahí vuestro rey ¹ ! »

Los Sanhedritas comprendieron el pensamiento de Pilatos, y esas palabras les azotaron el rostro, cual fuerte latigazo. Respondiéronle con un verdadero rugido ² :

— « ¡ Quitale, quitale ! ¡ Crucifícale ³ ! »

Pilatos replicó :

— « ¿ Á vuestro rey he de crucificar ⁴ ? »

Gozabase él en esta venganza, y la prolongaba : quería envilecerlos absolutamente para que nunca pudieran echarle en cara su participación en el crimen que pedían se consumara. Cuando Pompeyo hizo cortar la cabeza á Alejandro II ⁵, y Antonio la de Antigono ⁶, los verdaderos israelitas habían sentido en el alma la injuria. Pero se trataba de pretendientes más que de reyes efectivos, quedando la corona de Israel en la cabeza de los hijos de los Macabeos, Aristóbulo é Hircano. Á más de que la espada que había herido á las víctimas regías no las deshonoraba : la decapitación era el suplicio de los hombres libres y de los militares. Ni Pompeyo ni Antonio hubieran podido pensar en crucificarlos, es decir, en tratarlos como esclavos y abofetear en la persona de ellos á la

¹ JOANN., XIX, 14 : « Ecce rex vester ! »

² LE CAMUS : *Vie de N. S. J.-C.*, t. III, p. 327.

³ JOANN., XIX, 15 : « Tolle, tolle, crucifige eum ! »

⁴ Id. *ibid.* : « Regem vestrum crucifigam ! »

⁵ JOSEPH : *De Bell. Jud.*, I, vii, 1.

⁶ Id., *ibid.*, I, xiii, 75. — LEDRAIN : *Hist. d'Israël*, II, p. 316) le hace morir en la calle sin probar lo que dice.

nación vencida, mas no esclavizada. Lo que los triunviro-ros no habian creído realizable, lo quería intentar Pilatos por ver hasta dónde llegaban la pasión de los Sanhedritas y la locura de la plebe: osaría asociar oficialmente la idea de la realza judía con la del suplicio reservado á la escoria de los hombres. Era un capricho cruel y peligroso á la vez, al cual, de ser más dueño de sí mismo, no se habría determinado. Pero quedó satisfecho, más aún de lo que deseaba. «Sellando su abdicación con la última baja-za, los Príncipes de los Sacerdotes, los que personificaban el viejo partido de la independencia ¹», respondían:

—«No tenemos más rey que al César ².»

Asunto concluido: el pueblo de Dios había cesado de existir por confesión de sus mismos Pontífices. «Ellos, pues, abollan su antigua teocracia, y estos bravos patriotas pedían ser de allí en adelante confundidos con los demás pueblos esclavos del Imperio romano. Se daban al César por suprimir á Cristo. Éste les habría salvado: aquél los degollará dentro de poco tiempo, en el propio día aniversario de la fiesta pascual. Por lo que hace á Pilatos, ya que el partido sacerdotal acaba de entregarse al César, él no vacila ya en sacrificar á Jesucristo. Una abdicación tan solemne merecía esta recompensa ³.»

El Evangelio ha querido marcar la hora precisa de este fin del mundo judaico. «Era como la hora de sexta, hora quasi sexta», dice San Juan ⁴, ó, contando como nosotros, cerca de las doce de la mañana ⁵. Con efecto, no

¹ LE CAMUS: *Vie de N. S. J.-C.*, t. III, p. 327.

² JOANN., XIX, 15: «Responderunt pontifices: Non habemus regem nisi Casarem.»

³ LE CAMUS: *loc. cit.*, t. III, p. 327.

⁴ JOANN., XIX, 14.

⁵ El autor dice: *Cerca de las once de la mañana*; pero eran cerca de las doce, como él mismo lo reconoce á continuación, cuando escribe que la hora de terci, que era de las nueve á las doce, *había transcurrido casi*

era aún la hora de sexta, es decir, el medio día. Pero la hora de terci, que comenzaba á las nueve, había transcurrido casi entera cuando Pilatos pronunció las palabras irónicas: «¿He ahí á vuestro rey! ¿Me precisaréis á crucificarle?», y cuando los Sacerdotes respondieron: «No tenemos otro rey que el César.»

¿Se tomó un trabajo inútil el Apóstol al conservarnos esta particularidad? No por cierto: que nada es para despreciado entre los recuerdos de la Pasión del Señor, y más bien deberíamos sentir el haberse perdido mil detalles preciosos. Pero desde otro punto de vista, ¡qué conmovedor es el recuerdo de esta hora! ¿Quién no se ha parado á mirar pensativo la saeta, inmóvil en el reloj de las Tullerías por la mano de los incendiarios? En la mañana del 14 de Nisán del año 34, no es un palacio, no es un sistema de gobierno, es un pueblo el que se desploma; y poniendo atento oído al relato evangélico, escuchamos, después de pasados más de diez y ocho siglos, el eco estruendoso de su hundimiento en la eternidad.

Pero el decreto contra Jesús no tenía aún la forma consagrada: «*Ibis ad crucem!* ¡Tú irás á la cruz!» Pilatos, pues, volviéndose hacia la víctima, pronunció la sentencia con la orden igualmente tradicional: «*I, lictor, expe-di crucem!* Ve, lictor, prepara la cruz ¹.»

Bajó después las gradas del tribunal y, sin mirar siquiera á los Príncipes de los Sacerdotes, sin dignarse de ver sus obsequiosos saludos, volvió á entrarse en el palacetera. Tiene importancia este detalle, porque es la clave para armonizar el Evangelio de San Juan. (Nota del traductor.)

¹ Se han imaginado fórmulas de la sentencia más ó menos explícitas, y todas igualmente apócrifas. — V. BOSNETT: *Documents historiques sur la religion des Romains*, t. IV, p. 969.— Cf. LA VENERABLE MARIA DE AGUEDA: *Mística Ciudad de Dios*, parte II, lib. VI, c. XXI; — CATHERINE EMMERICH: *Douloureux Passion*, parte IV, c. XXV.— LANDULFO: *Vita Christi*, parte II, c. LXII, 28, cita el Evangelio apócrifo de Nicodemo.

cio mientras que los soldados se llevaban al sentenciado. ¡Cosa extraña! El Evangelio que tan cuidadosamente ha consignado los gritos de la turba antes de la capitulación del Procurador romano, no dice una palabra de cómo fué acogida la sentencia. ¿Es por evitar una repetición sin interés? ¿No será más bien porque se produciría gran silencio, y porque los Judíos espantados, si no de su crimen, al menos de su afrenta, tendrían un momento de pudor y de pesar? En medio de las más profundas tinieblas hay rayos de claridad, y en el desatado curso de las más violentas pasiones se interponen avisos de la conciencia. No es posible que sin terror se vean borrar, en la ruina de la religión y de la patria, los postreros vestigios del honor y de la libertad.

Pilatós volvía á subir, con el alma ulcerada, esa escalera de mármol que poco antes bajaba con tanta calma y valentía. Una ojeada última al atrio de la Antonia le hizo ver á Jesús en manos de los verdugos, despojado del manto de púrpura y volviéndose á poner con trabajo sus vestidos en medio de insultos y befas ¹. A dos pasos estaba derecha la cruz, que iba á cargar sobre las espaldas del Galileo. Por la abertura del arco grande veía al pueblo agitado y bramando, á los Sanhedritas agrupados en el vestibulo, y á los Pontífices refunfuñando con gestos y palabras por la lentitud de los verdugos.

Por fin todo está listo y no falta sino echar á andar. En aquel momento un oficial se acerca al Procurador con una tablilla en la mano : es el *titulus* ², el cartelón que es menester llevar delante de Jesús, y luego fijarlo en la cruz para indicar á todos la causa de su muerte. Pilatós se quedó pensativo un instante delante de aquella tablilla blanqueada, que va á ser tan precioso documento

¹ MATTH., XXVII, 31.—MARC., XV, 20.

² Ἐπιγραφὴ de los Griegos. — Cf. SURENO. : *Caligula*, 32.

para la historia : después con voz ronca dijo al notario : «Escribe : Jesús de Nazareth, rey de los Judíos ¹.»

Un poco sorprendido el escribano pero silencioso, trazó la inscripción en tres clases de caracteres, hebreos, griegos y latinos, para que pudieran entenderla cuantos la vieran ². En seguida, á una señal de su jefe, se la entregó al pregonero encargado de abrir la marcha. Esta vez todo estaba terminado de verdad. El Galileo dejaba la Antonia para no volver más á ella; pero la dejaba llena de su presencia, y su mirada, tan dulce á la vez y tan penetrante, iluminaba el retiro en que se refugiaba Pilatós. A medida que se apartaba de la fortaleza, su visión era en ella más sensible y el ruido decreciente de sus pasos repercutía allí en ecos más y más vibrantes. En vano el juez incuso balbucía : «Yo soy inocente de la sangre de este justo.» La voz del Justo entregado respondía : «Tú eres quien me entregó.» Y en medio de los terrores de una alma ya cristiana, según la frase de Tertuliano ³, buscaba en vano los medios de aplacar la cólera que habia provocado sobre su cabeza.

El cielo, radiante hasta aquel momento, comenzaba á obscurecerse. De todos lados se levantaban vapores cual velo de que tirara una mano misteriosa para evitar al cielo la vista del crimen que se cometía sobre la tierra. En la penumbra se cruzaban los relámpagos y se oyeron sordos ruidos precursores de una convulsión de la naturaleza. Faltaba muy poco para el mediodía, y el centinela que daba la guardia en el castillejo de la Antonia avisaba la llegada del cortejo á la puerta Judiciaria, que ponía la parte baja de la ciudad en comunicación con el Gólgota.

¹ JOANS., XIX, 19 : «Jesús Nazarenus, Rex Judæorum.»

² Id., XIX, 20 : «Et erat scriptum hebraice, græce et latine. — Las letras estaban trazadas con minio sobre el fondo encaulado.

³ TERTULL., *Apologetic.*, 21 : «Pilatús et ipse jam pro sua conscientia christianus.»